

LOS LIBROS DE RICARDO

ZI GU RAT

DIOSES, REYES, LEYES

Gd
GRAN DIFUSIÓN

RICARDO GÓMEZ

Primera edición: mayo de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Xohana Bastida

Coordinación gráfica: Lara Peces

Imagen de cubierta y plano de la ciudad: Julián Muñoz

© Ricardo Gómez, 2015

© Ediciones SM, 2015

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

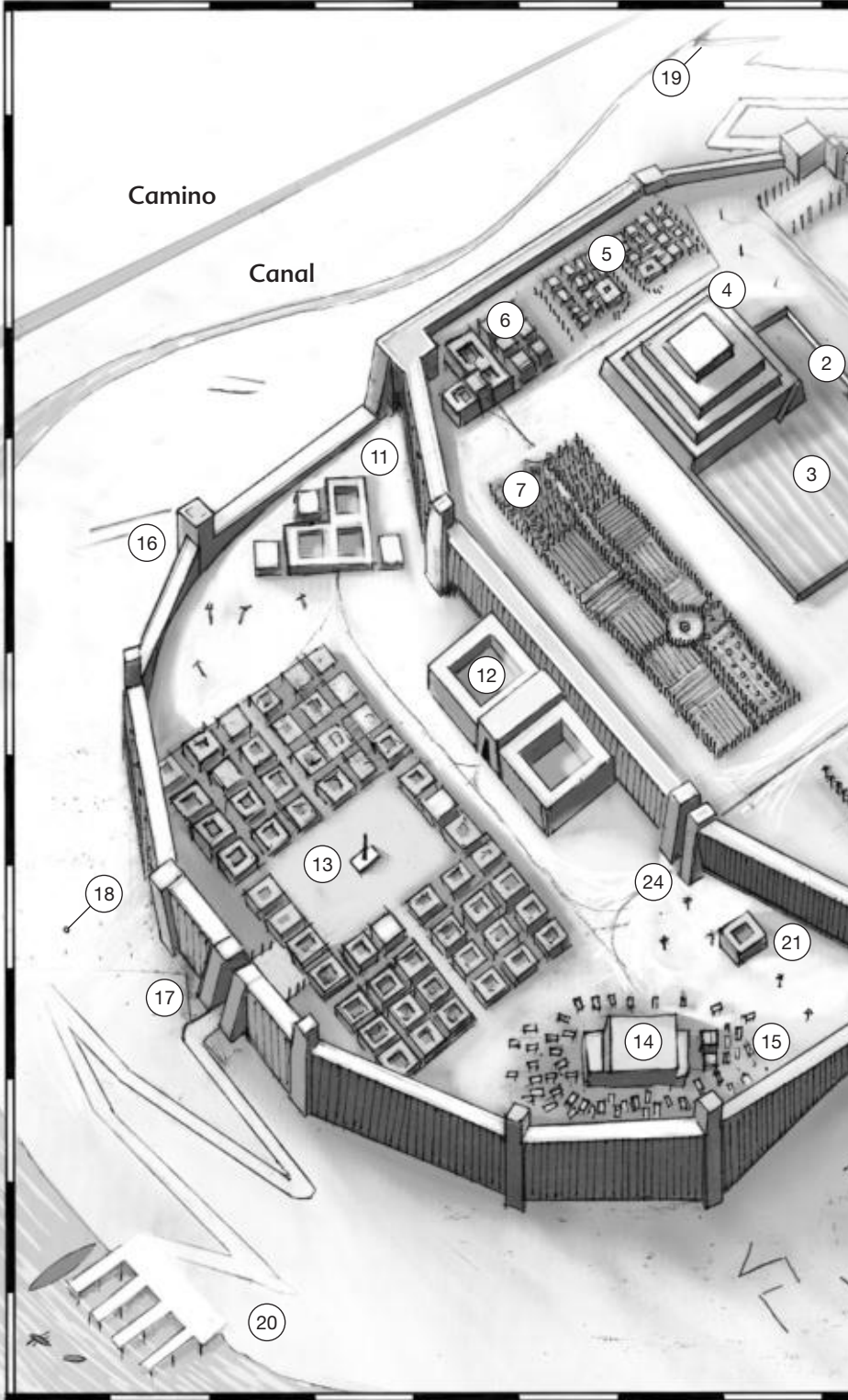
Esta historia transcurre en el siglo XVIII a. de C.

El escenario es una región que con el tiempo
conoceremos como Irak.

En aquella época, Hammurabi, rey de Babilonia,
intenta construir un imperio...

Camino

Canal



19

5

4

6

2

11

3

7

16

12

18

24

21

17

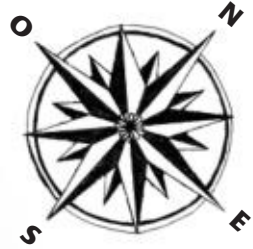
13

14

15

20

Templo de Kishar



1. Puerta general
2. Santuario
3. Patio de plantas medicinales
4. Torre del zigurat
5. Casas de las mujeres y de los niños
6. Almacenes y cocinas
7. Huerto
8. Casetas de los esclavos. Talleres de escritura y de fabricación de tabletas. Comedores
9. Letrinas
10. Laguna
11. Caseta de los guardias
12. Casa del fuego
13. Poste de los castigos
14. Casa del barro y casamatas de los esclavos de esa zona. Comedores cubiertos
15. Letrinas
16. Muralla alta con puestos de observación
17. Puerta
18. Pozo de la sed
19. Primer embarcadero
20. Segundo embarcadero
21. Caseta del capataz
22. Murallas altas
23. Murete bajo
24. Puerta de comunicación entre la ciudadela del templo y la del barro

1

El prisionero

De su mundo ya destruido apenas podía recordar nada, como si los dioses le hubieran hecho descender varios peldaños hacia el infierno para apartarle de la vorágine de sangre y violencia de las últimas horas. Notaba la cabeza embotada, estaba exhausto, le dolían las piernas después de tanto tiempo encogido en esa estrecha jaula y sentía sed, una horrible sed. Dejando aparte aquello, podía sentirse afortunado por estar ileso, o casi: tenía las rodillas magulladas y un corte en el hombro causado por un golpe con la espada, dado con el pomo y no con la hoja. También le dolían las muñecas encordadas, pero no podía quejarse demasiado. No tenía derecho, a la vista del espectáculo que podía imaginar a su alrededor.

Aunque quizá no fuera tan afortunado. Si hubiera muerto en el combate, a esas horas ya no sentiría dolor, sed ni temor por su destino. Un prisionero nunca podía apostar por su futuro y, en la perspectiva más favorable, estaba condenado a la esclavitud. Dependía de la suerte mantener la integridad física o que le amputaran alguna parte del cuerpo. En las peores circunstancias...

Llevaba muchas horas sin dormir. Desde que el enemigo derribara parte del muro oeste de la ciudad, nadie en Mari había podido hacerlo, ni siquiera los niños de pecho. Durante dos días y tres noches, los combates se libraron

de templo en templo y casa por casa hasta que por fin cayó el palacio real, que parecía inexpugnable. Pensándolo bien, era mejor que el asedio hubiese durado tan poco.

En la oscuridad no se podía percibir la magnitud de la tragedia, pero sí podían olerse el humo de los incendios y la acidez de la sangre. Hasta él llegaban los lamentos de los heridos, las oraciones de los resignados y las quejas de los desesperados. Él podía sentirse orgulloso por no haber proferido un gemido, y contaba con la ventaja de ser joven y fuerte y de que sus heridas fueran superficiales. Además, aún conservaba colgado al cuello el collar con el emblema que le identificaba como príncipe de la casa de Mari. Sus captores sabían lo que significaba y por eso el golpe con la espada había sido indulgente.

Ahora que clareaba comenzaban a propagarse los alborotos propios de un campamento militar. Unos tambores sonaron a lo lejos y los ruidos fueron llegando como ondas en un estanque: las órdenes de los capitanes, las voces de los soldados, el entrechocar de armas y arreos militares, las carretas de abastecimiento, los aguadores... A medida que se extendían estos sonidos, callaban los lamentos de los cautivos. Todos sabían que lo más sabio era no quejarse demasiado: el prisionero que no tuviera posibilidad de sobrevivir por sí mismo sería degollado sin contemplaciones. No había hacer otra cosa que esperar. Esperar y rezar a los dioses.

Extrañamente, en ese momento le llegó el sueño y se dejó llevar por él. Despertó poco más tarde. Un par de soldados manipulaban el cierre de su jaula. Uno le agarró por la cuerda que ataba sus muñecas y le arrastró afuera. El oficial que había cerca le preguntó:

–¿Eres Namri?

–Soy el príncipe heredero.

Un soldado inició una risa burlona, truncada por la mirada severa del oficial. Este hizo un gesto y otro guardia se

lo llevó tomado por el brazo. El suelo estaba cubierto de pequeñas piedras afiladas, sobre las que resultaba penoso caminar descalzo. Cruzando el campo de prisioneros, todos atados y algunos encerrados en jaulas, los cautivos le observaron marchar con una mezcla de envidia y conmisericordia. Oyó: «Príncipe, intercede por nosotros...».

Llegado al campamento militar, delimitado por picas sobre las que se alzaban gallardetes de la casa de Hammurabi, el oficial encargó la custodia a sus guardias y avanzó hasta una tienda de piel. Los aguadores repartían cuencos entre los soldados y Namri intentó humedecer con la lengua sus labios resecos, sin conseguir más que notar el polvo adherido a la piel y a los dientes. Observó en aquellos soldados, en sus rostros sucios, en sus heridas y gestos, el peso del cansancio de días anteriores. También habían peleado con dureza, pero ellos eran los vencedores. Por eso podían permitirse el lujo de burlarse de él, de arrojarle arena o tentarle con sus cuencos de agua, que acercaban a su cara para retirarlos luego. Namri sabía que nadie se atrevería a tocarle ni a hacerle daño. Todos reconocían el emblema que lucía en su pecho, y aquella joya era un talismán que le protegía. Al menos, hasta que alguien decidiera qué hacer con él. Sin ese collar, sería un prisionero más.

El oficial dispersó a la soldadesca que rodeaba al muchacho y lo hizo llevar al interior de una tienda, rodeada por soldados armados con lanzas y petos de bronce. Namri reconoció al hombre que lo recibió de pie. Había coincidido con él en una recepción que su padre había ofrecido a la comitiva enviada por Hammurabi seis meses atrás, y estaba seguro de que él también se acordaría de él, y de los banquetes y la partida de caza que se organizaron en su honor. El rey, su padre, había tratado a ese hombre con la deferencia debida a un embajador aliado, sin sospechar que medio año más tarde ese emisario comandaría el ejército que acabaría con su ciudad y con su vida. El pri-

sionero no quiso ocultar su desprecio y permaneció ante el general con una mirada altiva que sorprendió al escriba sentado ante una pequeña mesa. Tampoco quiso evitar las primeras palabras que acudieron a sus labios:

–¡Canalla traidor!

Uno de los guardias que le custodiaban desenvainó su espada. El general hizo un gesto para contenerle y se acercó al chico.

–Tu padre recibió las suficientes advertencias.

–¡Se firmaron acuerdos de paz hace menos de seis meses!

El general observó al joven y le pareció el digno hijo del rey vencido. Probablemente, pensó, ese muchacho fuera tan valeroso como su padre y ardiera en deseos de saltar a su cuello para intentar estrangularle, pero también habría heredado su prudencia y sabía que antes de tocarle caería ensartado por la espada del guardia. Se acercó un poco para probar qué pesaba más, si su orgullo o sus ganas de vivir. Mantuvo la mirada del chico y calculó que no debía de tener más allá de dieciséis años.

«Lógico, quiere vivir», se dijo después de que ambos se sostuvieran la mirada unos segundos. Se acercó al prisionero y los guardias se pusieron en tensión, aunque el general sabía que no tenía nada que temer. Namri no pudo decidir si sus palabras eran una amenaza o un consejo:

–Muchacho... Si estás vivo todavía es por la indulgencia de nuestro señor, pero esta tiene un límite. Ahora eres un cautivo y has dejado de ser príncipe. Más te vale aceptar pronto esta nueva situación.

–¿Y mis padres? ¿Y la familia real?

El general bajó la cabeza y caminó despacio hasta donde estaba su secretario. Namri supuso que todos habían muerto. Quizá solo quedara él, como símbolo de la caída de la casa de Mari. Le estremeció pensar en su padre, Zim-

rilin; en su madre, la princesa Shibtum; en su hermanastro Iatar-Ami... Seguramente, todos muertos, como los ministros y generales de su padre. ¿Cuál sería ahora su destino?

No tardó en saberlo. El general dictó con voz neutra al escriba:

–Registra: «Namri, hijo de Zimrilin. Conducido a la ciudadela de los esclavos aneja a palacio por orden real. Excluido de cualquier privilegio». Añade fecha y entrega una copia al soldado.

El muchacho sintió un vahído y a punto estuvo de desvanecerse. Por fin conocía su futuro, infamante para el príncipe heredero del reino de Mari. ¡A qué precio le permitían seguir con vida...! Sería uno más entre los uardus, entre los esclavos; sin privilegios ni derechos, apenas con más valor que el asno de un labrador o el carro de un arriero. ¿No habría sido mejor haber muerto con honor en el campo de batalla? Trató de tragar saliva, pero su garganta parecía de esparto. Un uardu...

Un soldado se acercó por detrás y le arrancó el collar. Fue tan rápido que Namri no pudo resistirse. Mientras lo recibía, el oficial ordenó:

–Arrodíllate. Nos vamos.

Esa voz hosca le sacó del aturdimiento. Ya le habían despojado de todo y ahora pretendían humillarle, que se postrara ante el que había sido el asesino de los suyos. ¡No lo haría! Se giró hasta enfrentarse al oficial y permaneció en pie, orgulloso. No tembló al notar cómo uno de los soldados se acercaba a él con la espada desnuda. Ni al ver de reojo cómo describía un arco con el arma y la dirigía hacia su cuerpo. No pudo evitar cerrar los ojos cuando el oficial asintió al soldado, y se preparó...

Sintió un golpe por debajo de la rodilla que le estremeció y le hizo gritar, pero notó que había sido dado con la hoja, para que cayese al suelo. Se encogió por el dolor, hizo lo posible para mantenerse en pie y mantuvo la mi-

rada fija en el oficial, que estaba a punto de desenvainar su daga, percibiendo que el general observaba la escena con gesto severo. Oyó ahora a su espalda:

—¡Arrodíllate!

El destino se escribe en los cielos. Se lo había oído decir muchas veces a su padre, que era un hombre sabio. Namri sabía que su rodilla en tierra era solo un símbolo, y que lo peor, lo más grave, había sucedido y estaba escrito en las estrellas. Se giró despacio, no lo bastante para quedar enfrentado al general, y apoyó una rodilla en tierra, con la cabeza alta, un símbolo que fue entendido por los soldados, pues así exponía su cuello al filo de la espada. Estaba decidido a no humillarse más, y el general lo comprendió. Debió de darse por satisfecho, porque hizo un gesto a un soldado, que agarró del brazo a Namri, lo levantó y lo condujo afuera.

Una hora más tarde, una cordada de prisioneros integrada por quince hombres estaba dispuesta para emprender camino hacia Babilonia. Namri reconoció al primer sacerdote, con el rostro ensangrentado, y al tesorero real, con un aparatoso vendaje en el brazo derecho. Los demás eran hombres fuertes, guerreros del ejército de su padre, sin heridas apreciables. También los labios de esos hombres, resecos e hinchados, revelaban el castigo de la sed. Sin su collar, Namri parecía un cautivo más, el más joven de todos, y se sentía abochornado por haber sido su príncipe. Iban maniatados por delante y unidos unos a otros con una cuerda que discurría por su entrepierna. Dos soldados encabezaban la marcha y otros dos la cerraban, jalando el ronزال de un asno que arrastraba un carro.

Al poco de emprender marcha, les sorprendió comprobar que no se dirigían directamente al sureste. Durante dos horas serpentearon por la enorme campa donde se agolpaban los prisioneros, muchos de ellos tendidos en el suelo, algunos moribundos, que contemplaban en silencio la hu-

millante caravana. No satisfechos con ello, y seguramente cumpliendo órdenes del general, les hicieron atravesar el bosquecillo en que se había confinado a mujeres y a niños, un lugar patético en el que tuvieron que soportar los gritos y llantos que les taladraban los oídos.

Namri lloró en silencio mientras hacía ese recorrido. Su cuerpo apenas tenía agua, de modo que fue un llanto seco y más doloroso aún. Se sentía apenado por el destino de aquellos millares de nobles, muskenums y uardus de su antigua ciudad, y avergonzado por haber pensado solo en sí mismo desde el momento en que fuera capturado. ¿De qué servía su orgullo de príncipe destronado? ¿Cómo era posible que hubiera pensado solo en su destino, y no en el futuro de esos hombres, mujeres y niños? ¿Qué sería ahora de ellos? ¿Les perdonarían la vida? ¿Estarían por allí su madre, su hermanastro...? ¿También aquello estaría escrito en los cielos, como repetía su padre? Namri maldijo a los dioses y al destino que dibujaban las estrellas.

El viaje hasta Babilonia duró cinco días. Los soldados no los vejaron ni golpearon, pero el sol y la sed convirtieron la travesía del desierto en una tortura. Apenas disponían de un par de cuencos de agua diaria y de un puñado de harina. El cuarto día, un hombre se negó a caminar más pese a las amenazas del látigo, y los guardianes le abandonaron en mitad del desierto. Ese incidente alivió la vida de los demás, porque los soldados relajaron la marcha y aumentaron la ración de agua, temiendo ser castigados por la pérdida de más prisioneros. Además, en ese tramo final les permitieron caminar sin que las sogas ulceraran sus ingles. Durante el viaje, los cautivos apenas cruzaron palabra. Se sentían agotados, vencidos y humillados.

Su llegada a la ciudad pasó desapercibida. Seguramente reservaran para el regreso del ejército las fiestas con las que se celebraría el triunfo. Algún curioso se detuvo a contemplar esa caravana de desarraigados; pero eran esclavos, y los

uardus eran iguales en todas partes. Nadie tenía por qué saber que eran cautivos de Mari, aunque las noticias de la victoria debían de haber llegado ya a la ciudad. Nadie tenía por qué imaginar que entre ellos viajara el heredero de un reino vencido.

La comitiva llegó a las puertas de la ciudadela de los esclavos después de enseñar unas tabletas de cera, y los soldados entregaron a sus prisioneros. Cuando se cerraron las puertas, otros guardias, armados con espadas cortas, los condujeron por una cuesta empedrada que desembocaba en un patio. Los nuevos custodios los desamarraron de la sogá que unía la cordada, pero los prisioneros siguieron maniatados. Luego, les hicieron una seña indicando una zona sombreada y los dejaron solos. Les admiró encontrar en el suelo unas cántaras con agua fresca, que bebieron con ansia. Allí se quedaron tendidos, descansando en una compasiva soledad.